

# Los Prismas de Torus

---

Gloria Veloza Boza

## Índice

Prólogo

Capítulo 1: El inicio.

Capítulo 2: Oxfortal.

Capítulo 3: El sueño.

Capítulo 4: Gubits.

Capítulo 5: El Consejo de los Torus.

Capítulo 6: Grimtal.

Capítulo 7: Caput Pipen.

Capítulo 8: El Don.

Capítulo 9: Medas.

Capítulo 10: En Torus.

Capítulo 11: La huida.

Capítulo 12: Recuerdos.

Capítulo 13: Reencuentro.

## Prólogo

El rostro de un joven triste se divisaba en la esquina de una celda sucia y oscura. A su lado un cuerpo enorme yacía, emanando un olor desagradable que inundaba el espacio. Tenía frío y hambre. Hacía meses que llevaba en esa húmeda celda, a causa del agua que corría entre las rocas de la prisión. Al escuchar unos pasos, fingió estar dormido, pues temía a los guardianes del lugar.

-Me quedan dos touranos- decía una voz áspera.

-Deben ser fuertes- exigió el otro, haciendo retumbar las paredes rocosas al andar.

-Lo serán si los obligas- le contestó con malicia.

-Déjame verlos- escuchó el indefenso con terror en la celda contigua.

-¡Este morirá en unos días, no me sirve!- escuchó a la segunda voz disgustada.

-¡Espera!, déjame enseñarte lo que puede hacer- le dijo con ansiedad - ¡Levántate holgazán! Trae un grimal para que veas de lo que es capaz- agregó.

A continuación, se escucharon unos ruidos horribles que le erizaron el vello al prisionero que fingía estar dormido, sabía que sería el siguiente. No podía contener la rabia y el temor al escuchar los gritos de terror del otro prisionero que ya no tenía más fuerzas para defenderse. Luego, sólo se escuchó el silencio.

-Te lo dije, era débil- dijo uno con disgusto.- Saca su pestilencia de aquí. Muéstrame al otro antes de que pierda más tiempo en este agujero- ordenó con voz fuerte, siguiendo los pasos del guardia.

-Muy joven- añadió con disgusto frente a la celda del prisionero, haciendo crujir la puerta al abrirse.

-Pruébalo- insistió el primero.

El prisionero sintió algo a su lado, parecía un animal, porque escuchaba los mordiscos sobre el cuerpo inerte, desmembrándolo poco a poco, mientras el guardián se enfurecía por haber equivocado su presa. Al terminar su bocado, lo olfateó por lo que no pudo fingir más. Sabía que debería utilizar toda la energía que tenía reservada para huir, de lo contrario moriría. Tomó la cabeza de la criatura deforme con sus manos, de las cuales surgió una luz resplandeciente que enfureció al monstruo. Éste se acercó y dejó ver una lengua larga y rosácea expulsando una sustancia viscosa que cayó en su hombro, derritiendo sus ropas y dejando ver una herida que emanaba sangre. Acto seguido, el joven prisionero pasó su mano derecha sobre el hombro lastimado y sus heridas se cerraron dejando sólo una cicatriz, ante los codiciosos ojos claros del malvado que lo observaba.

Sentía mucha ira, pero no podía moverse libremente, pues gruesas cadenas sujetaban sus pies. El grimal iba a atacarlo nuevamente, pero él lo detuvo con una luz roja e intensa que surgió de sus manos, atravesando el cuerpo rocoso del monstruo, dejándolo sin vida y a él sin fuerza, por lo que cayó fuerte al piso frío.

-Me lo llevo- le dijo el sujeto de ojos claros, tal vez los utupal no lo necesiten después de todo.

## Capítulo 1: El inicio.

Un hombre vestido con gabardina negra observaba un deteriorado edificio en la negrura de la noche. Del recinto salían las últimas personas que subían a los vehículos para llegar a sus hogares, o en otros casos, visitar un bar nocturno, dejando atrás la antigua, pero imponente construcción; la cual resaltaba por su arquitectura de líneas clásicas y azulejos, en la ciudad de Sevilla. El hombre de cuerpo atlético, permanecía inmóvil en la esquina de la avenida, mirando con atención los movimientos de los funcionarios que transitaban por el piso siete y llegaban a la habitación de la tercera ventana que daba a la calle.

En el séptimo piso del edificio una joven enfermera ingresaba a la tercera habitación y retiraba la cena de la paciente.

-Otra vez dejaste la comida, Esmelda- dijo la enfermera regañándola. Si quieres salir de aquí, debes poner de tu parte y eso significa que comas también- continuó Úrsula, mientras se acercaba a ella y la tomaba por los hombros. Déjame cerrar la ventana y siéntate aquí, para que pueda peinar esos rizos tan hermosos- agregó con tono dulce mientras movía a Esmelda hasta la silla.

-Creo que aún hacen efecto los sedantes- se dijo a sí misma la enfermera. Te peinaré y limpiaré esa cara tan linda que tienes- continuó hablando aunque la paciente estaba ida en sus pensamientos, mientras Úrsula le untaba paños húmedos por el rostro y los párpados. Le anudó el cabello castaño en una coleta, dejando caer sus rizos y la miró fijamente a los ojos verdes mientras le decía: -Te acostaré para que estés descansada. Mañana viene el Doctor Guija y querrá verte para saber cómo sigues y así podrá darte permiso para tener visitas. Descansa, Esmelda- le dijo la enfermera, mientras la tapaba y apagaba la luz al salir.

Los rayos del sol matutino provenientes de la ventana, despertaron a Esmelda muy temprano. Aún sentía cansancio, pero ya no podía dormir más. En realidad prefería estar en pie, de lo contrario tendría pesadillas nuevamente. Se levantó rápido y se puso su bata y pantuflas para ir a ver el calendario que tenía sobre su cuaderno de notas. Al verificar la fecha se emocionó al darse cuenta que vendría al fin el doctor, después de tres semanas de espera. Tendría que lucir lo mejor posible, por ello fue directamente a la ducha de su confortable habitación, se soltó los rizos y dejó caer el jabón por su piel blanca. Sintió una gran relajación al sentir el agua tibia en su cuerpo que lograba despabilarla para iniciar otro día de tratamiento en aquél lugar.

Esmelda llevaba seis meses en el Hospital Psiquiátrico del Doctor Guija a causa de sus terroríficas alucinaciones. Ella vivía en Valladolid, en un departamento del centro de la ciudad. Trabajaba de guía turística del lugar hacía un año y medio, luego de la muerte de sus padres en un trágico accidente a los 17 años, del cual ella fue la única sobreviviente. Luego, de ese fatídico día, perdió la memoria, olvidando toda su vida antes del mortal episodio y gracias al apoyo de su querida amiga Eugen logró encontrar un trabajo y seguir su vida desde entonces. Sin embargo, hace un año comenzó a tener alucinaciones donde imaginaba criaturas inexistentes que querían atacarla, o sentía que alguien la seguía por las calles. Al comienzo pensó que eran pesadillas pues sólo eran sueños, pero luego la frecuencia fue en aumento y tenía las mismas visiones durante el día, quedando en trance repentinamente. Sus crisis emocionales fueron creciendo y se volvía agresiva con quién se acercara de improviso, perdió su trabajo y fue recluida en el hospital psiquiátrico desde entonces por ser considerada un peligro para la sociedad y para sí misma. Su amiga Eugen, la ha visitado periódicamente, siempre y cuando obtuviera el permiso del doctor, pero Esmelda no lograba tener mejorías y trataba de fingir frente a los médicos para lograr salir de ese lugar. Por la mañana debía interactuar con los otros pacientes, situación que le incomodaba mucho, pues debía escuchar las disparatadas historias de los otros además de soportar sus propias alucinaciones. Últimamente, había logrado evitar sus sueños durante el día, pero gracias a continuos sedantes que la dejaban ida por horas. Ella misma hurtaba las medicinas de los estantes del doctor, pues no le permitían más que dos dosis por día.

Sin embargo, necesitaba tomarlas para evitar las pesadillas y los trances que sufría. Al mediodía participaba de un taller de pintura, en el cual dibujaba lo que veía en sus sueños. Criaturas inexistentes y terroríficas, así como el mismo guerrero de armadura lisa y capa oscura. Su cabeza se cubría con un casco en puntas que la atemorizaba, impidiendo ver su rostro. Las imágenes estaban grabadas en su memoria y llegaban nítidamente a ella cuando sufría de trances despierta o tenía pesadillas. A pesar, de los sentimientos inquietantes que despertaban en ella, prefería participar de ese taller, pues así evitaba los dolorosos tratamientos a los que era sometida, los cuales no evidenciaban ningún avance.

El Doctor Guija parecía muy intrigado por el caso de Esmelda, por ello había traído distintos especialistas y máquinas para analizarla, pero parecía cada vez más desesperanzado en la solución a sus alucinaciones o la comprensión de éstas, por lo que sus tratamientos aumentaban en intensidad y complejidad. Tampoco ayudaban mucho los relatos que arrojaban las sesiones con la Psicóloga Bree, pues siempre eran los mismos sueños o estados de trance, en los que Esmelda debía huir de seres monstruosos o personas con poderes que salían desde sus manos y al final siempre escuchaba que un hombre gritaba su nombre en la lejanía. Luego de los primeros dos meses de encierro, comprendió que jamás saldría si seguía con esa rutina, por lo que fingía no tener sueños cuando se entrevistaba con la Doctora Bree para evitar los dolorosos tratamientos, pero el encerrar esos sueños en su mente provocaba que estuviera más inestable.

A las tres de la tarde, el Doctor Guija finalmente apareció en la habitación de Esmelda. Este vestía su usual bata blanca que combinaba con su cabellera cana. En su mano derecha llevaba su viejo maletín de cuero, de donde sacaba todos sus instrumentos y el informe de Esmelda.

-¿Cómo has estado, Esmelda?- preguntó inquisitivamente el doctor.

-Mucho mejor que su última visita-contestó con entusiasmo. Creo que me hacen falta vacaciones en la playa donde pueda estar lejos de estas paredes blancas. Creo que me están aburriendo- bromeó Esmelda.

-Lo sé, pero debes estar bien para salir. Tengo el informe de la Doctora Bree, dice que ya no tienes sueños. ¿Es eso cierto?-preguntó con suspicacia.

-Sí, es cierto doctor. No tengo más que imágenes borrosas en mi memoria.

-¿y los sedantes?, ¿los necesitas?-preguntó el doctor.

-Tal vez, al comienzo, pero creo que ahora no son necesarios- contestó con nerviosismo, mientras el doctor la miraba con incredulidad.

-Esmelda, podrás tener la compañía de Eugen mañana, pero no puedo dejarte ir, sé que has tenido que controlarte con los medicamentos y tus dosis no han disminuido. Aún eres demasiado dependiente de ellos y de esa forma no puedes vivir. Lo siento Esmelda- le dijo sinceramente- deberás esperar hasta la próxima visita- concluyó el doctor, mientras la dejaba sola en la habitación con su dolor.

Ese día, Esmelda no quiso comer, tuvo nuevamente visiones de criaturas monstruosas, pero había una de ellas que le causaba especial temor. Su aspecto feroz, aunque muy parecido a un humano le hacía sentirse acechada. Su cuerpo era deforme y protegido de capas duras como piedra con la cabeza cubierta por piel arrugada y clara, que al abrir su hocico dejaba ver una larga lengua roja y retorcida. Esmelda siempre se veía huyendo en sus pesadillas, pues la criatura la seguía por un lugar en penumbras y ahora esas imágenes aparecían durante el día, especialmente al estar sin medicación. Cerraba los ojos y apretaba los puños en un intento de suprimir lo que veía, mientras andaba por los pasillos del hospital. Sentía como caía el sudor por su cuerpo ante el terror que le causaban las imágenes que aparecían en su mente como instantáneas fotográficas, por lo que decidió ir a su habitación para controlar su nerviosismo con una dosis de los medicamentos oculta debajo de su colchón, pero al llegar allí encontró al Doctor Guija con la enfermera Úrsula, quienes la miraban desde el costado de la cama con ojos acusadores.

-No podrás salir Esmelda, si ocultas esto-le dijo el doctor mostrándole los sedantes en sus manos.

-Hace mucho tiempo que no los tomo, ya no los necesito- mintió Esmelda. Había olvidado que estaban ahí- agregó.

- Es difícil ayudarte si no nos dejas. Creo que deberemos utilizar otro método. Úrsula, prepara el cuarto 13 y a Esmelda, por favor. Probaremos otra terapia- agregó el doctor dirigiéndose a la enfermera esta vez.

-Como diga doctor- contestó la aludida saliendo rápido de la habitación y llevándose los sedantes restantes, sin querer mirar a Esmelda.

-¿Qué terapia es esa?-preguntó Esmelda con preocupación, recordando cada doloroso intento por parte del doctor.

-Tu mente es una incógnita para mí, todo lo que describes parece una novela de ciencia ficción. Hubiera preferido que siguieras narrándole a la Doctora Bree tus historias en vez de mentir. Ahora sólo queda una forma de ayudarte, pero no temas Esmelda, he estudiado mucho tu caso.

-No quiero otra terapia. No sirve nada de lo que han hecho conmigo, sólo quiero descansar y salir de aquí. ¡¿Cómo esperan que mi mente sane si vivo atrapada en este lugar?!-incredó Esmelda al médico, perturbada.

-No te alteres, sólo debes confiar en mí. Además, tienes muchas comodidades en este lugar. Tu habitación está aislada del resto de los pacientes, tienes todo aquí mismo.

-¡¿y cree que eso compensa el encierro?!-incredó Esmelda al médico.

-Cálmate-le contestó, mientras su mirada se posaba en los fuertes enfermeros que se ubicaron sigilosamente a las espaldas de Esmelda, haciéndoles un gesto de asentimiento. Cuando ella se percató de lo que sucedía, era demasiado tarde, ya la habían sostenido y la estaban inyectando para calmarla y llevarla al cuarto 13.

Esmelda despertó por las luces de las lámparas sobre la camilla en la cual la habían recostado. Trató de moverse, pero no pudo lograrlo, algo atrapaba sus muñecas y tobillos con firmeza aunque se sacudía con violencia para zafarse. Escuchaba murmullos que provenían de alrededor, mientras trataba de enfocar su vista a la silueta más cercana. Miró alrededor y vio distintos monitores que contabilizaba los latidos de su corazón, la presión y el oxígeno. De su mano se conectaba un catéter intravenoso y de su cuero cabelludo salían varios cables unidos a otro aparato.

-Conéctalo ahora- escuchó que decía el doctor.

-¿A qué voltaje, doctor?- preguntaba una voz, mientras le tapaban la boca con algo esférico y amargo, acallando sus sollozos.

Esa noche fue muy larga. Esmelda creyó que moriría en ese cuarto, al despertar aún sentía el dolor de la corriente al pasar por su cuerpo. No recordaba en qué momento la habían llevado a su habitación, pensaba que si la hacían olvidar sus pesadillas tendría unas nuevas con lo que había tenido que vivir en ese lugar. Trató de levantarse, pero estaba cansada, su cuerpo no lograba responder a sus mandatos. De pronto, escuchó voces de personas que discutían, al parecer era la enfermera con Eugen. ¡Sí, era Eugen!, se decía a sí misma Esmelda, por lo que trató de levantarse para pedirle que la sacara de ese lugar.

-¡Necesito verla! He tenido que esperar durante tres semanas y cuando al fin hay visita me niegan el acceso. ¿Qué pasa? Esmelda no es peligrosa, soy la única persona que tiene, ¡déjeme pasar por favor! – insistía Eugen.

-Lo siento, señorita- le contestaba la enfermera. Esmelda está durmiendo, ha estado muy cansada por sus continuas crisis. No puede verla hoy. Le diré al doctor que usted vino para agendar una visita especial en otro momento.

-¡Usted no entiende! Pedí permiso en mi trabajo para verla y usted me niega la visita- insistía su amiga.

Esmelda al escucharla, se sentía esperanzada de poder salir de ese lugar si lograba verla, pues conocía la personalidad de su amiga, que como bien decía ella, era la única familia que tenía. Eran como hermanas, de la misma edad y gustos parecidos. Siempre fue muy buena con ella desde que la recibió en la ciudad. Vivían a unas casas de distancia, en la misma calle, por lo que pasaban mucho tiempo juntas. De pronto sintió un golpe fuerte al abrirse la puerta con furia, mientras veía a su querida Eugen entrar con la enfermera a sus espaldas. Al fin podría verla y contarle lo que le había sucedido. Se sintió feliz de ver nuevamente el rostro marfileño de su amiga, con la determinación y la pena reflejadas en sus ojos marrones. Se dio la vuelta e increpó a la enfermera, dejando ver su nuevo corte de cabello oscuro. -¿Hace cuánto tiempo que no la veía?- se preguntaba Esmelda.

-¿Qué le hicieron?! ¡¿Por qué la tienen así?!- seguía preguntando Eugen, señalando hacia la cama.

Hasta ese momento, Esmelda no entendía por qué no podía moverse. Vio cómo permanecían atadas gruesas correas a sus muñecas y tobillos igual que la noche anterior. Eugen corrió a desatarla con lágrimas en sus ojos mientras la enfermera salía a buscar al doctor. Esmelda pensaba que debía tener un pésimo aspecto para que la fuerte Eugen llorara de ese modo.

Al ser liberada de las correas y poder abrazar a su amiga, su alma se consoló al refugiarse en sus cariñosos brazos. Sin embargo, la tranquilidad no duró demasiado, pues cuando pudo ponerse en pie y salir de la habitación, vieron desde la entrada a cuatro fuertes guardias ir a su encuentro para evitar su huida. Eugen la tomó de su mano y la llevó con calma por el pasillo en dirección a los fuertes hombres, mientras exigía hablar con el Doctor Guija y evitar algún enfrentamiento. El médico llegó a los pocos minutos tratando de calmar la situación, pero Eugen no quería hablar y dejar a Esmelda sola, por lo que inició la discusión en el pasillo ante los asombrados ojos de los otros visitantes. De pronto, sus reclamos fueron interrumpidos por un temblor repentino que dejó caer la gran lámpara de vidrio entre Eugen y el médico. A continuación, se sintió un estruendo alrededor del hospital que creó el caos en el recinto. A causa del alboroto que surgió por las estampidas que se sentían desde la calle, Esmelda y Eugen supieron que ése era el momento de salir de allí. Corrieron a prisa, esforzándose por apurar el trote, en especial Esmelda que aún estaba cansada por el electroshock, mientras veían a la gente asustada moverse en distintas direcciones cada vez que se movía el edificio o se escuchaban atronadores sonidos similares a explosiones. Al salir, Eugen desconoció el lugar por el que había llegado, al observar las calles destruidas y gente tendida en el piso, muchas de las cuales estaban heridas o muertas. No sabían si estarían seguras afuera o si deberían esperar a que pasara el peligro. Esmelda seguía a su amiga, aún desorientada, miraba a su alrededor y creía que estaba soñando de nuevo.

-No te asustes, Esmelda, yo estaré contigo- le dijo Eugen, mirándola fijamente.

-Creo que tengo alucinaciones de nuevo- le dijo Esmelda angustiada.

-Yo también veo este caos, no son sueños, Esmelda.

-¿Qué haremos Eugen? Vendrán a buscarme de todas formas.

-No lo creo, tienen otras preocupaciones por ahora.

-¡Esmelda!, ¡no puedes irte!- gritó el doctor desde la entrada.

-¡Aléjese de mí!- le gritó Esmelda mientras apuraba el paso junto a Eugen. Ambas se paralizaron sin saber qué hacer en ese momento, pues el doctor iba tras ellas junto a unos guardias del hospital y en las calles las personas corrían despavoridas hacia su dirección, abandonando sus vehículos y puestos de trabajo. Pero, ¿de qué huían?, miraban a su alrededor y parecían atrapadas por los distintos episodios que sucedían a la vez. Si escapaban en sentido opuesto al hospital podían sucumbir por la aglomeración de personas que iba a su encuentro, pero de lo contrario deberían regresar al recinto. En ese momento prefirieron mezclarse hacia la multitud, pero no alcanzaron a llegar a ellos, pues una explosión seguida de una llamarada barría con todas las personas que corrían asustadas. En ese momento, sólo atinaron a cubrirse en el suelo, agazapadas contra la acera, tratando de suprimir los gritos desesperados que escuchaban de las víctimas del fuego. Luego de unos minutos, todo fue silencio, tenían miedo de abrir los ojos y ver lo que hallarían en el lugar. Por el asombro y terror que sentían, tardaron en ver lo que había quedado luego del desastre y cuando finalmente miraron el lugar, no lograron comprender el escenario vacío de su alrededor. Los edificios estaban en ruinas, había escombros por todas partes y al mirar hacia donde debía estar la multitud de cuerpos inertes, no quedaba nada, ni una sola persona tendida en el piso, era como si hubieran desaparecido. No entendían cómo habían sobrevivido a tal desastre sin recibir ni un rasguño. Ante el silencio y la incertidumbre que sintieron decidieron caminar para buscar ayuda. Anduvieron muchas horas perdidas sin rumbo claro, pues el lugar estaba totalmente desierto. Se sentían desamparadas frente a lo incierto y escalofriante de la experiencia que habían vivido. Ante cualquier movimiento o ruido extraño, reaccionaban alteradas por lo que pudiera suceder.

Después de todo un día de andar a pie, llegaron a lo que fuera el Puente de las Delicias, que sólo mantenía uno de sus extremos alzado sobre el Canal de Alfonso XIII, pues el resto había

caído destruido sobre las aguas que ahora eran parte del inmenso océano. La mayoría del territorio había sido consumido por las aguas, en ellas se vislumbraban en el horizonte barcos de rescate de la armada, entre los cuales se contaban el LHD<sup>1</sup>, L51<sup>2</sup> y L52<sup>3</sup>. Al verlos, ambas corrieron hacia el punto más alto que había sobre los restos del puente para agitar los brazos y ser vistas a la distancia. Esmelda, cortó parte de su ropa de hospital que estaba desgarrada y la utilizó como bandera, sintiéndose esperanzada, porque se alejarían de allí. Cuando llegaron a tierra, descendieron un gran grupo de militares, soldados y marines que quedaron sorprendidos al ver a las dos primeras y tal vez únicas sobrevivientes a la inesperada catástrofe. Dos militares se acercaron para ingresarlas al L51 y darles las primeras atenciones médicas y realizar posteriormente las preguntas sobre los hechos vividos por ellas en el destrozado lugar. Los encargados de entrevistarlas las miraban con incredulidad, mientras registraban la versión de las jóvenes.

Luego de varias horas de incursionar el lugar, subieron a la tripulación a cuatro personas más, de las cuáles se contaban una mujer morena, un joven estudiante de unos 15 años, una empleada del correo y la enfermera Úrsula. Siguieron el viaje en silencio y sin mirarse. Cada uno de ellos iba ensimismado en sus propios temores. Pasaron largas horas en las que Eugen y Esmelda se turnaron para dormir, por si algo sucedía nuevamente. Al siguiente día anclaron en el Puerto de Alicante, allí las recibieron un grupo de soldados que las transportaron en camiones militares hasta un refugio del lugar, el cual era amplio, pero sombrío, habían muchos sacos de dormir por el suelo, pero pocos ocupantes contándolas a ellas. Pasaron dos noches en el refugio sin recibir noticias, ni tener más contacto que con los soldados. Esmelda no había sufrido otra alucinación desde que salió del hospital, pero sentía que pronto regresarían.

-Esmelda, ¿estás bien?- le preguntó Eugen al verla desorientada.

-Sí, sólo quiero saber qué sucede y salir de aquí, es cómo volver a estar encerrada, sólo cambió el lugar.

---

<sup>1</sup> LHD: Buque de Proyección Estratégica Juan Carlos I de la Armada Española.

<sup>2</sup> L51: Buque de Asalto Anfíbio Galicia de la Armada Española

<sup>3</sup> L52: Buque de Asalto Anfíbio Castilla de la Armada Española

-No, Esmelda, ellos realmente nos ayudan y no tendrás que recibir nunca más esas terribles terapias. No te angusties, ahora estoy contigo.

-Lo sé, tu compañía me mantiene bien, pero me siento intranquila con Úrsula en el mismo espacio.

-No se atreverá a hacerte daño, no se lo permitiré. Además creo que ella no es la misma. ¿Qué le habrá sucedido? Trata de evitarnos, tal vez está arrepentida.

-No lo sé. No puedo confiar en ella- le dijo Esmelda con rabia reflejada en sus ojos al recordar los episodios vividos en el hospital.

-Entiendo, pero no sacas nada con angustiarte ahora. Sólo necesitas confiar en mí, dime todo lo que te preocupe, lo que sientas o veas.

-¿Tú también crees que estoy loca?

-No Esmelda- le contestó con firmeza- creo que tu vida ha sido más difícil que para otras personas y tu mente responde a eso de manera distinta, pero, ¿qué crees tú Esmelda?

-Yo no creo estar loca, lo que veo en mi mente es muy real y después de estos días creo con más firmeza que cualquier cosa podría pasar, incluso lo que he soñado.

-Te creo, Esmelda. No necesitas probárselo a nadie más. Más bien debemos pensar que hacer desde ahora que el mundo ha cambiado.

-Gracias por creerme. Si no fuera por ti no estaría aquí.

-No tienes que agradecerme nada, más bien tendría que disculparme contigo por pensar que estarías mejor en ese lugar. Tendría que haberme opuesto desde el comienzo.

-No sabías cómo sería. Además, fue la jueza quién determinó mi destino en ese encierro. Creo que antes de iniciar el juicio ya sabía lo que me esperaba, pues estaba más predispuesta a escuchar las versiones en mi contra. Ella misma se encargó de hablar con el doctor para informarle mi caso y asistía al hospital de vez en cuando para hablar con él.

-Qué extraño, mientras que a mí me costaba mucho conseguir una visita.

De pronto su conversación fue interrumpida al escuchar explosiones a las afueras del refugio. A continuación hubo una seguidilla de temblores que provocó el desplome de la pared izquierda que las limitaba. Los escombros cayeron sobre algunos de los refugiados, entre las que se hallaba una mujer trigueña embarazada, que habían traído el día anterior al lugar. Su brazo derecho sangraba intensamente y gritaba de dolor y miedo. Esmelda y Eugen se acercaron instintivamente a ella para auxiliarla a pesar del temor que sentían ante el nuevo escenario. Como no podían evitar la hemorragia de la mujer llamaron a Úrsula que no se movía del lugar en el que se hallaba.

-¡Úrsula!, ayúdala- gritó Esmelda.

La aludida se acercó dubitativa evitando mirar a Esmelda y ayudó a la mujer como pudo en esas circunstancias. Les dio unas cuantas instrucciones para que estuvieran atentas por si algo le pasaba a la enferma y pudieran avisarle a tiempo, para luego ir a una esquina a sentarse con los ojos cerrados. Al parecer estaba más aterrada que ellas.

La noche las alcanzó rápidamente y el frío acometió contra todos ellos para congelarles hasta los huesos. Se quedaron en silencio soportando el clima hostil, pues el escenario del exterior era similar que lo ocurrido en Sevilla, por lo que no quisieron salir en la oscuridad. Luego de largas horas al fin amaneció, del grupo que llegó al refugio sólo quedaron seis entre los cuales se contaban Esmelda y Eugen. Ésta última decidió salir del refugio lleno de escombros para mirar a los alrededores y ver si era posible alejarse de allí. Miró por todas partes, pero no vio a ninguna persona, no estaban los militares que las habían llevado, ni las patrullas y ambulancias que viajaban junto a los refugiados. Sin embargo lo que más la sorprendió fue el panorama general de su alrededor, cada edificio había sido azotado con violencia por los temblores y explosiones y en el suelo, a diferencia de lo ocurrido en Sevilla, habían repartidas muchas prendas de vestir, como si las hubieran lanzado al viento, pero los que las portaron alguna vez no se veían. Eugen sintió un escalofrío y decidió entrar para planear como marcharse de allí junto con Esmelda. Mientras tanto, la mujer herida había despertado a su amiga tomándole el brazo para pedirle ayuda.

- ¿Puedes llamar a la enfermera?, creo que mi hijo va a nacer. Ayúdame por favor.

- Sí, claro, voy enseguida- dijo Esmelda.

Esmelda se quitó la modorra del cuerpo para ir rápidamente donde Úrsula.

- Úrsula por favor, ven pronto, necesitamos tu ayuda.

La enfermera llegó al lado de la mujer herida y junto a Eugen y Esmelda le ayudaron a dar a luz a un hermoso niño de cabello negro, piel lisa y trigueña que hacía resaltar el azul de sus ojos.

A la mañana siguiente, Esmelda propuso a Eugen marcharse de aquel lugar pues nadie parecía ir en su ayuda. Al escucharlas, la mujer que recién había dado a luz, les pidió ir con ellas, a lo cual aceptaron. Pasaron dos días planificando su salida, buscando provisiones en las cercanías para el viaje. Úrsula ya se había marchado con los otros dos que habían permanecido en el refugio.

Cuando llegó el gran día algo inesperado sucedió, la mujer que las acompañaría amaneció muy mal, con fiebre y la herida del brazo ya se había extendido por parte del cuerpo; debieron gastar las provisiones que habían reunido para el viaje mientras esperaban que ésta se repusiera. Ante esta deprimente perspectiva tuvieron que pensar en un nuevo plan para ayudarla y salir pronto de allí. Pasaron tres días sin que mejorara sino todo lo contrario, sin embargo la pobre mujer les decía que no se preocuparan, pues nada se acercaría a ellas por ahora.

-No se preocupen por mí- dijo la mujer. Moriré muy pronto, pero mi hijo puede salvarse, necesito que prometan que lo cuidaran- les suplicó con lágrimas en los ojos.

-Claro que lo cuidaremos, pero debes ser fuerte y no rendirte- le dijo Esmelda. Ella se quedó a su lado tratando de ayudarla de alguna forma, pero ya no se podía hacer más. Luego la mujer le recordó a Esmelda su promesa sobre cuidar a su hijo y le obsequió un hermoso dije con una figura de una mujer desnuda con alas.

-No te lo saques nunca- le dijo la mujer medio inconsciente- te puede ayudar en los momentos más inesperados. De donde nosotros venimos se dice que vendrá un ser como el de ese dije a salvarnos de la destrucción y la gobernación de los otros. Ahora comenzará

una gran batalla. Espero que sea cierto que exista ese ser capaz de luchar contra lo oscuro y que mi hijo pueda disfrutar de un universo en paz.

-No te entiendo, ¿contra quiénes hay que luchar? No te rindas, abre los ojos- le decía Esmelda a la mujer entre lágrimas.

Y tal como ella lo anticipó, dejó de respirar al anochecer, sin poder quedarse al lado de su hijo.

Esa noche fue muy dura para Esmelda, volvieron sus sueños con fuerza mientras dormía. Se veía a si misma correr por largos túneles, de pronto la imagen cambiaba y se hallaba en una habitación a oscuras desde dónde sólo lograba ver una ventana hacia la que corría, lanzándose al espacio vacío luego de escuchar que alguien gritaba su nombre. Después de eso, despertaba asustada recordando parte de las imágenes de su sueño.

## Capítulo 2: Oxfortal.

Muy temprano decidieron salir del lugar en busca de ayuda. Por lo que recogieron lo que pudieron y comenzaron la caminata por las calles desiertas entre los restos de las estructuras de lo que antes fueron edificios. Su mayor preocupación en ese momento era el pequeño bebé que ahora cargaban con ellas. Esmelda, al parecer, se sentía muy a gusto con el pequeño y éste se quejaba considerablemente poco para ser un recién nacido, por lo que a pesar de las complicaciones del viaje lograron resistir hasta llegar a un destruido servicerio, en el cual encontraron provisiones que escaseaban al tercer día de su salida.

Pasaron por noches muy frías y lluviosas, refugiándose en cualquier sitio que las protegiera del clima inhóspito al que se enfrentaban. Al cabo del sexto día, llegaron a una gran casa, que a pesar de su estado aún tenía habitaciones que podían ocupar. Al acercarse al patio trasero vieron prendas por el suelo que probablemente pertenecieron a los dueños de la propiedad.

-Mira toda la ropa que hay en el suelo. Está igual que en el refugio- dijo Esmelda sorprendida.

- Lo mejor será apresurarse, porque honestamente no tengo ganas de averiguar que pasó. Solo quiero encontrar algo que nos sirva para comer o para el viaje.

- Tal vez deberíamos descansar, Eugen. Quién sea que haya provocado esto ya se fue de aquí. Mira, hay una puerta en el suelo. ¿Puedes abrirla?- le preguntó Esmelda a su amiga - mientras sostenía al bebé.

- No lo sé, déjame intentarlo- le contestó Eugen.

Eugen tiró con todas sus fuerzas la puerta y descubrió un bunker tras ella, mientras Esmelda esperaba con el bebé en brazos y éste jugaba con su dije. Pasaron algunos minutos y la joven salió con un montón de provisiones; inmediatamente alimentaron al bebé con leche.

Luego se dirigieron a la habitación que estaba en mejores condiciones, tratando de adecuarla para pasar la noche. Tenía dos ventanas, de las cuales quedaban los restos de vidrios rotos tendido por el suelo. La preciosa cama matrimonial estaba inclinada y con los cobertores sucios y rotos. Alrededor se veían los únicos dos cuadros de una pareja mayor y unos niños, tirados en la polvorienta alfombra junto a ropas y maletas abiertas. Esmelda y Eugen tendieron el colchón en el suelo y se acurrucaron junto al adormecido bebé, tapadas con mantas que sacaron de lo que quedó del closet de la habitación. Se quedaron dormidas rápidamente, ya que estaban exhaustas de tanto andar y al fin podían descansar.

Al otro día, Esmelda fue la primera en levantarse y salió a buscar agua de los bidones que tenían reservados en la casa para asearse un poco y lavar al bebé. Lamentablemente, no había ropa, comida ni útiles de aseo para éste, por lo que rebuscó entre las prendas, seleccionando algunas de ellas para utilizarlas como pañales o cubrirlo. Esmelda se dirigió a la habitación con todo lo que encontró y al entrar vio los hermosos ojos azules del bebé que la observaban y le dirigía una sonrisa. Como siempre estaba muy tranquilo y esperaba los brazos de Esmelda para que lo cogiera en ellos. La joven lo aseó y cubrió con las ropas que trajo para él, mientras le cantaba dulcemente. Eugen la miraba en silencio pensando cómo era posible que algo estuviera mal en Esmelda, se veía tan cuerda y preocupada por ese niño desconocido que no podía cuadrar en su cabeza las imágenes de la última vez que la vio, antes de ingresar al hospital.

Esmelda manejaba su Hyundai Elantra que compró a una de sus compañeras de trabajo. Ese día había quedado de reunirse con Eugen en el Bar Las Golondrinas como era su costumbre cada fin de mes. Allí se juntaban y compartían un rato agradable con sus amigos y compañeros de trabajo. Alex, un tipo apuesto, de ojos oscuros y piel bronceada la esperaba ese día para invitarla a una cita, después de que Eugen le dijera que tenía posibilidades con ella. Sin embargo, algo demoró a Esmelda y no llegó a la hora acordada. Una mujer preciosa, de cuerpo esbelto, el cabello cubierto con una pañoleta, lentes oscuros y jeans ajustados la detuvo en la estación de servicio para consultarle por una dirección. Como iba a una calle cercana al bar, se ofreció a acercarla mientras le conversaba sobre la vida nocturna de la ciudad y algunos lugares que podía visitar.

-Han sido muy hospitalarios conmigo- le decía la mujer a Esmelda, mientras ella conducía mirando el mechón rojizo que caía de un extremo de su pañoleta.

-Sí, cuando llegué también me recibieron muy bien- le decía Esmelda.

-¿Con quién vives?- le preguntó la mujer mientras se pintaba sus labios carnosos de color carmesí.

-Vivo sola, aunque mis amigos están a unas casas de la mía, pero dime ¿vienes a visitar a algún familiar o amigo?

-No es familiar, ni amigo, sólo buscaba a alguien que trató de escabullirse hace algunos años- le contestó en tono sombrío.

-Vaya, qué extraño-le dijo Esmelda. Serás entonces ¿una detective, tal vez?- preguntó con gracia, mientras se arrepentía de haber ofrecido su ayuda.

-Algo así- le dijo riendo estrepitosamente-pero dime Esmelda, ¿están tus padres en la ciudad también?

-Mis padres murieron en un accidente... pero ¿cómo sabes mi nombre?- preguntó con nerviosismo.

-Lo leí en tu tarjeta, cuando cargaste gasolina... y siento mucho lo de tus padres- agregó la mujer con voz aguda.

-No hay problema, ya lo he superado.

-Cualquiera en tu lugar no podría dormir tranquila- dijo la mujer con tono sombrío, mirando despreocupada a Esmelda. Creo que llegamos- continuó.

-Claro- dijo Esmelda confundida, sintiendo un cosquilleo en sus manos al sentirse nerviosa, sin embargo no podía alejar sus manos del volante. Te dejaré en la esquina, a una cuadra está el cruce- le dijo Esmelda con alivio.

-Adiós... y gracias- le dijo la mujer dejando ver un tatuaje con forma de diamante con una gran D en su hombro izquierdo cuando salió del auto. Al verlo, Esmelda sintió que le era familiar aquel diseño tan particular. Estacionó su auto frente al bar, pero antes de entrar recordó que debía comprar los Pall Mall que Eugen le había encargado. Cruzó la calle y

esperó a que un sujeto alto y robusto fuera atendido, al girar quedó frente a Esmelda a quién sonrió y dejó el paso para comprar.

-Quiero unos Pall Mall suave, por favor-le dijo Esmelda al dueño del pequeño quiosco.

- Claro, son 2.4 €

-Tome- le dijo Esmelda al dueño mientras le daba el dinero. Al darse la vuelta el hombre robusto seguía en la calle, con un traje completamente negro. Tras él habían ahora dos sujetos más con el mismo atuendo, quiénes miraban a Esmelda con asombro.

Ella cruzó la calle para ingresar rápidamente al bar, pero a mitad de camino quedó estática en el lugar cuando sus ojos se cegaron y repentinamente se vio en otro lugar. Era hermoso, lleno de árboles enormes, con el suelo cubierto de hojas verdes. Al lado de uno de ellos había un hombre con una reluciente armadura, de algún material distinto a los que ella había visto antes. El casco con puntas en la parte posterior de su cabeza lo hacía ver temible, totalmente opuesto a la voz que surgió cuando le preguntó:

-¿Dónde lo escondes Esmelda? Su voz varonil, pero suave, le hizo sentir que conocía el origen de ella.

-No sé de qué hablas, ¿qué quieres?

-A ti, Esmelda y lo que guardas.

-No entiendo.

-¡Corre!- le dijo de pronto.

-¿Qué?-preguntó confundida Esmelda.

-¡Corre!, ¡Ayúdenla!, se escuchaban ahora más voces. Ella giró a sus espaldas y de entre las sombras se asomó la cabeza de una horrenda criatura que habría el hocico emitiendo un chillido terrible. Ella corrió pero ésta la seguía de cerca cuando tropezó con algo y calló al suelo frío.

-Reacciona Esmelda- le decía Eugen, que miraba con sorpresa. ¿Qué hacías en medio de la calle? Por poco te arrolla el camión- le decía con preocupación.

Esmelda no entendía que había sucedido, su amiga la sostenía en sus brazos, mientras se escuchaban las sirenas de las ambulancias y la policía. Unos metros más allá, un camión estaba volcado mientras dos autos habían colisionado junto a éste. A su alrededor, sus amigos llamaban por teléfono y trataban de explicar lo sucedido. Luego de ser atendida por los paramédicos y verificar que no estaba herida, fue llevada en una patrulla policial a causa del desastre provocado. Esmelda llevaba muchos días conteniendo sus alucinaciones, pero su mente no pudo más con ellas, por lo que ese fue el último día de libertad que tuvo. Trataba de convivir con las extrañas imágenes que veía repentinamente en sueños o los trances durante el día, asustando de vez en cuando a sus amigos con las historias que les contaba, luego de un tiempo decidió guardarlas para sí misma, hasta ese momento en que su mente estalló en visiones de nuevo. Luego, fue sometida a un juicio por el accidente, pues varios testigos aseguraron que Esmelda había causado el desastre al lanzarse a la calle repentinamente y gritando incoherencias. A partir de ese episodio salieron a la luz las citas con la psicóloga que tenía cada semana, lo cual convenció al jurado que tenía problemas psiquiátricos y evitó que fuera a prisión.

Eugen seguía mirando a Esmelda, cuando ella la descubrió despierta y le dijo con curiosidad: ¿En qué piensas?

-No es nada, sólo miraba lo feliz que te ves, pese a lo que ha pasado- le dijo con tristeza.

-Sólo trato de llevarlo lo mejor posible ¿y tú Eugen, cómo estás?, te preocupas demasiado por mí.

-Estoy bien, sólo quiero salir de aquí pronto para ver a mis padres o al menos llamarlos. Tenía pensado viajar a Londres para verlos. ¿Crees que el desastre llegó hasta ahí?

-No lo creo- le dijo Esmelda para evitar que su amiga se preocupara. Todo esto comenzó aquí y los militares no tenían idea de lo que pasó.

-Eso espero- suspiró Eugen... ¿Quieres que te ayude con él?- le preguntó luego de un rato, señalando al bebé.

-Sí, tómalo un momento para salir a inspeccionar el lugar- le contestó Esmelda, pensando que así se distraería.

Esmelda caminó por los alrededores de la casa, pero no logró ubicarse, no sabía hasta dónde habían llegado, pues todo era muy diferente ahora. Sin embargo, le agradaba su libertad, aunque la hacía sentirse culpable, pues ella no había perdido a nadie esta vez. Tenía a su lado a Eugen, mientras que ella, tal vez había perdido a sus padres y amigos. Ni siquiera, podría decirle que sabía lo que sentía, porque no era así. Esmelda no lograba recordar nada de su vida anterior, todo lo que conocía era su trabajo, Eugen y sus antiguos amigos, que la dejaron luego de ingresar al hospital. Por lo que Eugen era lo más importante que tenía y ahora el pequeño bebé, que a pesar de las circunstancias actuales estaban con ella. Esmelda siguió con paso lento entre la vegetación muerta de su alrededor, mientras pensaba en lo que haría desde ahora. Al regresar sintió unos pasos débiles seguirla de cerca. No quiso voltear, pensando en que nuevamente comenzaría una alucinación.

-¡Detente muchacha!- se escuchó una voz que le hablaba.

Esmelda se detuvo en seco, pero no quiso voltear. No sabía si era real o no lo que escuchaba.

-Muchacha, vengo a ayudarte, no temas- dijo la voz amarga, áspera y poco común. Esta vez Esmelda dirigió su mirada hacia donde la llamaban y lo que vio la sorprendió aún más. Frente a ella había una criatura pequeña, de grandes orejas, nariz chata y ojos hundidos y muy redondos.

-Creo que sueño de nuevo- se dijo a sí misma, olvidando el cosquilleo que había comenzado a sentir en sus manos a causa del nerviosismo.

-No temas, soy tan real como tú. Puedes llamarme Lutio; soy un xenop del planeta Oxfortal- dijo el extraño ser mientras alzaba una mano en muestra de saludo. He venido por sobrevivientes de este planeta, ustedes son las últimas que quedan al parecer.

Esmelda no decía nada, no entendía que sucedía, pero salió de su trance cuando Eugen llegó a buscarla con el bebé en brazos.

-¿Qué es eso?- preguntó Eugen asustada, mientras aferraba al niño contra su pecho temiendo al extraño ser.

-Que descortesía con quién ha venido de tan lejos a rescatarlas. El xenop hizo un movimiento como si se fuera a ir de aquel lugar, pero Esmelda lo detuvo.

-¡Espere!, tiene que ayudarnos-le gritó.

-Al fin lo entiendes.

-¡¿Qué?!- le gritó Eugen.

-Si tú también lo ves, creo que no estoy loca después de todo. Además, ¿qué podemos hacer aquí? Seguiremos caminando hasta que terminemos más cansadas y se nos acabe la comida y el agua. Si quisiera matarnos ya lo hubiera hecho, ¿no crees? Además, Dante-le dijo señalando al bebé- no puede seguir en estas condiciones. Debemos hacer lo que sea para ayudarlo- le dijo decidida.

-No lo sé Esmelda...- le dijo pensativa. ¿Qué significa esto? ¿Por qué está eso aquí?

-Porque es de otro planeta y ha venido a rescatarnos.

-¿De otro planeta?, pero ¿qué pasa con los otros?, mis amigos, mis padres...

-No lo sé- le dijo Esmelda dubitativa, mirando a su amiga con preocupación.

-Esmelda, ¿crees que todos murieron?- le preguntó con dificultad, al imaginar si eso era cierto.

-¿Esmelda?- preguntó el xenop. Qué curioso que un humano tenga un nombre como ese. Si quieren que las ayude, debemos marcharnos ahora- agregó.

-¿Qué pasó con los demás?- le preguntó Eugen.

-Ustedes son las últimas, no las únicas rescatadas. Debemos irnos ahora y luego les explicaré lo que sucede.

-Por favor, Eugen- le suplicó Esmelda. Confiemos en él.

-Está bien- le dijo resignada Eugen. ¿Dónde nos llevarán?

-A Oxfortal, mi planeta-le contestó Lutio.

Finalmente alistaron sus pertenencias y se fueron con la criatura hasta la parte trasera de la casa. El xenop sacó un objeto pequeño y rectangular, lo arrojó al suelo, emanando de él una red de hilos plateados que delineó un compartimiento estrecho y alto del mismo color con un par de manos pintadas en la parte frontal del objeto.

-Este es un cibics- dijo el xenop. Los cibics los utilizamos como medio de transporte para viajar de un planeta a otro, debemos entrar en ellos colocando las manos sobre las que están tatuadas ahí. Vamos, pero debemos entrar de a dos. Me las llevaré por turno.

-¿Y el niño?- dijo Esmelda.

-No hay problema por él, es pequeño así es que no ocupara mucho espacio.

En ese momento se dirigieron hacia el cibics, pero se detuvieron al escuchar unas voces provenientes del exterior de la propiedad.

-Este es el lugar, estoy seguro- se escuchó una voz fuerte.

-Entremos entonces- le contestó otra voz masculina con impaciencia.

El xenop sorprendido de que hubieran otros sobrevivientes, se dirigió al encuentro de los extraños, pero ellos llegaron antes mirando a todos los presentes con sorpresa. Los sujetos vestían jeans y usaban chaquetas de cuero que se ajustaban a su cuerpo musculoso, en especial al más alto de ellos, que dirigió su mirada a Esmelda con una mezcla de confusión y sorpresa en sus hermosos y penetrantes ojos grises, lo que provocó que Esmelda le devolviera la mirada. Su piel era clara, aunque tostada levemente por el calor del lugar y el largo viaje de seguro, su pelo era negro y despeinado. Ella pensó que era el hombre más bello que había visto, a pesar de encontrar a su amigo Alex atractivo, nunca había sentido esa conexión con él, pues además de su evidente buen aspecto, había algo más que le gustó al mirarlo detenidamente. Su forma de caminar, su postura y su voz. El otro sujeto, a pesar de ser bien parecido no llegaba a ser deslumbrante para ella.

-No sabía que había más sobrevivientes- dijo de pronto el xenop, interrumpiendo el análisis que Esmelda hacía de los sujetos.

-Sólo hemos venido a ayudar, somos touranos- dijo el sujeto de ojos grises.

-¿Touranos?- se preguntó Esmelda mientras se miraba con Eugen con perplejidad. El hombre más bello que había visto, era al parecer de alguna secta extraña- se dijo a sí misma.

-No sabía que habían más touranos en rescate. De todas formas, ellas son las últimas, junto a ese niño terrestre.

-Ya veo, que sorpresa nos hemos llevado. Pensamos que seríamos de utilidad, pero veo que tendremos que irnos, aunque si hay algo que podamos hacer por ustedes...- dijo con su exquisita voz mientras devolvía su mirada a Esmelda y ella apretaba sus manos para evitar el cosquilleo que sentía en ellas.

-Creo que no, pero gracias touranos- les dijo con solemnidad mientras estos se alejaban y se despedían con la mano.

-¿Touranos?- preguntó Esmelda a Lutio.

-Los touranos son del planeta Torus. Fuera de su mundo existen otras especies y planetas que son desconocidos para los humanos.

-Increíble, entonces podría existir todo lo que he soñado- se dijo a mí misma.

-Debemos irnos- la interrumpió el xenop. ¿Usted primero?- le preguntó dirigiéndose a Eugen.

Eugen se acercó al xenop con Dante dormido en sus brazos, sin dejar de observar a Esmelda, sintiendo que se podrían separar para siempre. Mientras tanto ella se quedó en el patio vacío mirando hacia el horizonte en donde los sujetos habían desaparecido, observando todo mientras el xenop llegaba a su encuentro. No pasó mucho rato antes de que la criatura apareciera y al entrar al cibics, Esmelda se sintió como en un sueño en el que caía desde un precipicio y luego despertaba, pero en ese instante llegaron a otro lugar.

Era bastante lúgubre, la naturaleza estaba muerta y el frío comenzó a acechar violentamente; Esmelda comenzó a temblar y su amiga la abrigó como pudo cuando la vio acercarse; las jóvenes caminaron sin saber dónde se dirigían sólo confiando en que el xenop las llevara a algún lugar seguro. Eugen iba silenciosa y asustada y Esmelda iba pendiente de Dante para que no tuviera frío, mientras que el xenop las guiaba en silencio.

-¿Por qué no utilizamos el cibics para llegar adonde vamos en vez de caminar?- preguntó Esmelda cuando llevaban casi una hora de viaje.

-Creo que te lo dije al principio-respondió Lutio; los cibics son para transportar a las criaturas entre planetas, no en el planeta, por lo que tienen coordenadas específicas del lugar de partida y llegada.

-Entiendo- dijo Esmelda pensativa.

-Y ¿Dónde estamos?- preguntó esta vez Eugen.

-Este planeta es Oxfortal. Está muy cerca de la Tierra, aunque no puede ser percibido por los humanos ni por otra criatura hasta ahora, gracias a un encantamiento que lo mantenía oculto, ya que aquí se guardaban grandes secretos que podrían poner en peligro a todo el Universo.

-¿Quiere decir que ahora no es así?- preguntó Esmelda con curiosidad.

-Lamentablemente ya no tiene la misma protección, a causa de Darhan y sus seguidores.

-¿Y quiénes son ellos?- preguntó Esmelda.

-Inicialmente eran de Torus, un planeta que está mucho más lejos de aquí. La maldad de Darhan surgió y los convirtió en alma y cuerpo; y ya no podrán jamás obtener su forma original. Ganar mucho poder requiere de mucho sacrificio; sin embargo a Darhan no le importó.

-¿Entonces Darhan es quién ha iniciado todo este caos?- preguntó nuevamente Esmelda.

-Así es- contestó Lutio abatido. Él es un tourano perverso y poderoso. Aunque quería encontrar la forma de ser aún más fuerte, por lo que secuestró a nuestro maestro para llegar hasta acá y descubrir la forma de adquirir más dones; pues los touranos sólo poseen tres y lo van descubriendo de a poco durante su vida, dependiendo de la familia a la cual pertenezcan, y lo aplicados que sean para descubrir esos poderes.

-¿Entonces consiguió ese secreto?-pregunto Esmelda con interés.

-Sí, lo descubrió y después de eso arrasó con este planeta y con otros más. Esa es la razón de que no queden medios de transporte dentro de Oxfortal, pues esos eran fijos ya que solo

los ocupábamos nosotros de forma local, mientras que los cibics eran transportables, por eso los logramos conservar.

-¿Y la Tierra también fue atacada por ese monstruo?- preguntó Esmelda.

-Lamento decir que sí, pero me sorprende, ya que su planeta está muy lejos de Torus y no sabíamos que pensaba atacarlo también. Uno de los nuestros nos dio el aviso cuando estaba en una misión especial que se le había encomendado, cuando repentinamente comenzó la destrucción. A Darhan no debería interesarle la Tierra, sin embargo llegó con sus secuaces hasta allá.

-¿y lograron rescatar a más personas?- preguntó Eugen, pensando en sus padres y amigos.

-Rescatamos a cinco millones cuatrocientos sesenta y tres personas de su planeta; incluyéndolos a ustedes. Ahora por favor síganme, que ya hemos llegado y les mostraré donde pueden quedarse- les dijo invitándolas a seguirlo.

-Espere- le dijo Esmelda. ¿Cómo podemos hallar a alguno de los rescatados?- preguntó, pues sabía que Eugen estaba preocupada por sus padres.

-Revisando los registros de todos los que ayudaron a rescatar humanos- les contestó, dejando aún intranquila a Eugen.

-Por favor, síganme- les pidió el xenop una vez más.

Frente a ellos había una fortaleza enorme construida con piedras, de murallas gruesas y altas, reforzadas con taludes<sup>4</sup>. La entrada principal era en forma de U invertida y se veía un velo sutil, como aire aglomerado en esa abertura. El xenop se acercó y colocó su mano derecha en la corriente que surgía. Al primer contacto, desapareció la sustancia que llenaba el espacio de la entrada dejándoles el paso libre, para ver las imponentes torres distribuidas por los resistentes muros. Las jóvenes avanzaron tras Lutio observando cada detalle de la magnífica construcción, llegando a un gran patio lleno de armamento desconocido para ellas y siendo seguidas por miles de ojos de seres que jamás habían visto en su vida, salvo Esmelda.

---

<sup>4</sup> Talud: acumulación de rocas.

-¿Qué sucede?- preguntó Lutio a Esmelda.

-Creo que he visto a algunos de ellos en mis sueños.

-¿En sueños?-preguntó Lutio confundido.

-Sí y siento temor al pensar en que todo lo que he visto en sueños pueda ser realidad- contestó Esmelda, recordando a la criatura que le causaba especial terror.

Siguieron en silencio por un pasillo angosto y desembocaron en un gran salón iluminado por luces destellantes ubicadas en el techo de tono anaranjado. En las paredes colgaban unos cuadros muy grandes con pinturas de diferentes criaturas y cada una de ellas llevaba una D escrita con algún tipo de tinta en la esquina inferior derecha.

-Este lugar le perteneció a una familia de touranos muy antigua; los únicos que vivieron aquí, pues siempre nos colaboraron, guardando importantes secretos y encargándose de la seguridad de éste y el resto de los planetas. Sin embargo, se han perdido los rastros de los descendientes, así es que la hemos ocupado como refugio desde hace varios años. Creo que están agotadas-dijo de pronto, al observarlas, por lo que les sirvió comida y un jugo exquisito en unos recipientes rojos y anchos para llevarlas hacia las habitaciones.

-Por hoy es suficiente, les enseñaré sus cuartos y mañana les presentaré a nuestros aliados, quiénes podrán ayudarlas a ubicar a sus amigos, pues sólo hay trecientos humanos más en esta fortaleza y el resto de ustedes se encuentran refugiados en distintos planetas. Las jovencitas siguieron al xenop, quedando más tranquilas al pensar que podrían averiguar algo al siguiente día. Caminaron observando cada detalle, a pesar de que estaban cansadas, en especial Esmelda que se sentía bien en ese lugar. Detenía su mirada en cada cuadro, recordando los sueños que tenía y convenciéndose de que todo era real. Avanzaron por un largo pasillo con altas luces que pendían del techo, iluminando su recorrido. Luego subieron al tercer nivel de la fortaleza por una escalera de caracol hecha piedra, al igual que el resto de la construcción. Se detuvieron en la primera habitación y Esmelda sintió algo extraño en

su interior al observar las puertas coloridas. Era como si las hubiera visto alguna vez, por lo que pensó que tal vez estaba confundida por el viaje.

-Estas habitaciones son muy peculiares- les dijo el xenop, interrumpiendo los pensamientos de Esmelda. Si colocan su mano en la que está tatuada, encontrarán todo lo que necesiten, pues se adaptan a quiénes las ocupan. Luego, Lutio indicó a Eugen la puerta de color amarillo, la cual se acondicionó con todo lo necesario para Dante y ella.

-Creo que dormiré con Dante esta noche- le dijo Eugen a Esmelda al observar una cuna pequeña a un costado de la cama amplia ubicada al centro del cuarto. A los costados habían dos ventanas ovaladas que permitían mirar el patio de armas y al costado derecho de la cama se hallaba un mueble antiguo y liso, con minúsculos detalles labrados en la madera oscura, la cual resaltaba con la luz de la magnífica lámpara de cristales que caía desde el techo.

-Espero que sea de su agrado- le dijo el xenop a Eugen.

-Gracias Lutio- le contestó con amabilidad, al momento que Dante despertaba y comenzaba a llorar. Será mejor que le dé algo de comer- dijo Eugen. ¿Habría algo para él?- preguntó dirigiéndose a Lutio.

-Claro, pediré que le traigan algo hasta acá.

-¿Te ayudo con Dante, Eugen?- preguntó Esmelda.

-No es necesario, es mejor que vayas a conocer tu nueva habitación y que descanses- le contestó, pensando en que al fin Esmelda estaría en un lugar cómodo y seguro.

Lutio la llevo hasta el siguiente cuarto, pero a Esmelda le había llamado la atención el de la puerta de color rojo.

-¿Puedo ocupar esta?-preguntó Esmelda, al detenerse frente a ella.

-Sí, no hay problema. Es muy amplia, aunque tiene la ventana clausurada. No logramos retirar el hechizo que la mantiene así, por lo que nadie quiso ocuparla.

Al abrir la puerta, Esmelda pensó que era la habitación perfecta para ella. Al centro se hallaba una cama enorme con un respaldo de una madera muy peculiar, de color rojizo y

brillante, con detalles minúsculos de símbolos extraños. A cada lado había una varilla cilíndrica con una pequeña llama en la parte superior y frente a la cama un librero con cuadernos de anotaciones y un compartimento cerrado en la base de éste. La ventana clausurada quedaba contigua a un cuadro que dejó a Esmelda absorbida por los trazos de la pintura. En ella se habían dibujado unos hermosos ojos grises que parecían mirarla.

-No has cambiado la habitación, debes colocar la mano allí- le dijo Lutio interrumpiendo su trance, mientras le señalaba la mano tatuada al lado de la manilla de la puerta abierta.

-No es necesario, si hago cambiar la habitación probablemente aparezca el cuarto del sanatorio.

-¿Qué?-preguntó confundido. Bueno, como quieras-agregó, saliendo de la habitación y diciendo: Qué extraños humanos.

Cuando al fin Esmelda quedó sola, cayó sobre la cama exhausta, viendo el maravilloso techo lleno de dibujos de estrellas y tres planetas de colores; rojo, amarillo y azul. Era hermoso el pequeño pedazo de universo dibujado sobre ella, en el cual las luces resplandecían como si viera en ese mismo instante ese lugar. Sin embargo, no lograba conciliar sus sueños, ya que pensaba en todo lo que había sucedido desde que salió del hospital. No lograba comprender esta nueva realidad que debía ser cierta, gracias a que Eugen estaba con ella en ese planeta, pero ¿y si todo era un sueño?, incluso Eugen.

-No- se dijo a sí misma. Lo que pasé en ese horrible lugar fue innecesario, porque todo era cierto. De eso estaba segura. Esmelda se acurrucó entre las almohadas suaves y finalmente se quedó dormida.